



VISTA DE NAPOLES.

VILLAMEDIANA.

A continuación insertamos un testimonio que se dió pocos momentos después de la muerte del célebre Villamediana, y que patentiza el sitio en que fué herido, y creemos que será leído con interés, con tanto mas motivo, cuanto que aclara un hecho algo dudoso, pues se creía casi generalmente que habia sido muerto á la bajada del Retiro. Dice así el testimonio:

«Yo Manuel de Pernia escrivano del rey Nuestro señor, de los que residen en su corte, certifico y doy fé que oy día de la fecha desta, á hora de las nueve de la noche, poco mas ó menos, fuy en casa de don Juan Tasis, conde de Villamediana Correo mayor estos reynos, al qual doy fé que conozco y le vi tendido en una cama muerto naturalmente, que dixeron averle muerto de una estocada en la calle mayor cerca de la callejuela de S. Gines. Y para que dello conste de pedimento de la parte del conde de Oñate di este, en Madrid á veynte y uno de Agosto de 1623. Y en fe dello lo signé entestimonio de verdad.—Manuel Pernia.»

EL ALUMBRADO DE MADRID.

En el año 1878, segundo del ministerio de D. Juan de Austria, se mandó que se pusieran por las noches en todos los balcones de Ma-

deid faroles, á fin de que estuviera iluminada la poblacion, dando así principio al alumbrado público. Esta determinacion fué bastante censurada; y como en aquella época circulaba tanta sátira y tanto folleto, en que desapiadadamente se acusaba á los gobernantes, y mucho mas á D. Juan de Austria, no faltó su correspondiente papel, que circuló manuscrito, titulado: *La Barrabosera, ó Desvergüenzas de la Plaza en el Senado de los Picaros que preside la Barrabosera*; y en él se dice lo siguiente:

«No se puede negar á S. A. que se parece al rey de Francia en la providencia de haber llenado la corte de faroles. La acción que en un gran rey es majestad, en el remedo de la mona es ridícula y entremés. El rey cristianísimo, teniendo en paz su reyno, desempeñó su hacienda real, promovió el comercio, enriqueció los vasallos, y por lo que podia suceder se previno de poderosos ejércitos. En esta sazón mandó que se pusieran faroles en Paris para asegurar de insultos á aquella ciudad y hermosarla de noche. Y aunque fué de algun gravámen á su vecindario, se llevó á bien la orden por la manifesta utilidad que resultaba, y por mandarlo un rey propietario que tanto se aplicaba á las conveniencias públicas del reino. Pero nuestro amo, ó por mejor decir, nuestro balandran, pareciéndole sin mas ni mas que los faroles era una cosa lucida, quiso tenerlos en Madrid sin reparar en que el reino estaba enredado en guerras, y S. A., que por su poca fortuna era tenido por un pobre trompeta, mandó en tales circunstancias por medio de D. Francisco Herrera, corregidor, que pena de tanto y cuanto, sin exceptuarse eclesiásticos, religiosos, ministros,

A) cabo de este tiempo, advirtió Miguel que algunas ligeras convulsiones agitaban al enfermo; observó con más atención; el semblante de Teodoro se contraía; los ojos, queriendo ocultarse en lo más recóndito del alveolo, iban tomando el aspecto del hielo; la palidez del oro se difundió por todo el rostro; los labios de color de violeta se entrecorrian espontáneamente para quedarse en inmovilidad absoluta; la respiración era pausada y tardía... la mortaja que vestía Teodoro se movió como impulsada por el choque de una pila galvánica, y el enfermo espiró.

Miguel sintió un estremecimiento general de terror: repuesto de tan desagradable impresión, se inclinó sobre el cadáver, y tomando la tablilla donde constaba la última voluntad de Lascaris, salió de la cámara, convocó á los soldados que daban la guardia en el palacio y en el salon del consejo, y leyó en alta voz el testamento de Lascaris.

—Vasallos, dijo, pues que el emperador ha pasado á mejor vida y habeis oido sus últimas disposiciones, yo soy el regente del imperio de Nicea, y á mi es á quien tenéis que obedecer durante la minoridad del heredero.

—¡Viva Miguel el Paleólogo! exclamaron todos los presentes. Después las mismas vivas resonaban en todo el imperio.

Cuando se celebraban los funerales del emperador, Muselon caía bajo el puñal de un asesino, y entraba en el más húmedo calabozo de un castillo en las orillas del mar un pobre niño, á quien tres años después le sacaban los ojos con un hierro candente de órden de Miguel el Paleólogo, quien se creía feliz por haber satisfecho su venganza.

A. A. ORIBUELA.

LAZARO.

Antiguísima y no menos ilustre ciudad es Ginebra, y al mismo tiempo una de las mas hermosas poblaciones que se ofrecen á los ojos del viajero. Mas no era así hace cuatro siglos: cónida al solo espacio de la isla del Ródano, Ginebra presentaba, en vez de las construcciones regulares y lindos edificios que actualmente la decoran, un hacinamiento confuso de casuchos sostenidos por estacas, tablones inmensos apollillados por el tiempo ó tirados por el humo, calles sucias atrevesadas por hediondos caños, y una población fémélica y grosera al paso que rapaz y activa sobremanera.

En uno de estos pobres albergues pasó una vida singular en este tierra y desgraciado, lleno de abnegacion y entusiasmo, cuya historia transmitió un alma sensible á la posteridad en un manuscrito que resumimos en los términos siguientes:

Sucedá con los destinos humanos como con las auroras de cada día; unas resplandecen con mil colores y ostentan los colores de zafiro y granada, mientras que otras se muestran tétricas y empañadas de nubes. Tal fué la aurora de la vida de Lázaro, que apareció en la escena del mundo tan eudable y delicado, que parecía condensado á la muerte, y no obstante continuó viviendo débilmente y contrahicho.

Faltó completamente á su infancia la gracia y festividad que á tal edad caracterizan. Oprimido á causa de su débil complexion, objeto del ludibrio general en razon de su fealdad, en vano el infeliz jorobado abrió los brazos al mundo: el mundo pasó señalándole con el dedo.

Toda su ternura la concentró en su madre. Dichosa en su falta, llegó Lázaro á la adólescencia, y después á la juventud.

Dotada de una peregrinación poco comun y de una actividad infatigable, el jóven ginabino llegó á ser uno de los mas hábiles relojeros de su época. Solo en su taller, y asiduamente ocupado en su trabajo, no recibía Lázaro mas visita que la de su madre, la cual, constándole tan agradable le era su presencia á su pobre hijo, repellido por el mundo, se sentaba á su lado, ocupada en su labor femonina, tranquila y silenciosa para no distraer la atención del jóven artífice.

Pero pronto debía faltarle este único consuelo. Cayó enferma su madre, y al cabo de pocos días todos los facultativos la desahuciaron. La idea de una separacion que lo dejaba solo en la tierra, sumergió á Lázaro en el mas profundo dolor. Arrodillado junto al lecho de la moribunda, la llamaba con los nombres mas tiernos y la estrechaba en sus brazos como para retenerla en la tierra. La madre se esforzaba igualmente en volver á su hijo queriendo sus tiernas caricias y en calmar su afliccion. Por último, puso la moribunda sus trémulas y heladas manos sobre la cabeza de su hijo amado, y con una voz casi apagada pronunció estas palabras: «Valor, hijo de mi vida; por ti solo he vivido, por tí solo pude experimentar el québranto y el desahucio. No: tu madre no te abandona; mi amor no muere con mi cuerpo, y este amor será tu consuelo, aun cuando hayas yo cesado de vivir.» Al decir estas palabras imprimió sus labios sobre la frente de su hijo, exhaló un suspiro, y cayó sin aliento.

Los vecinos quisieron emprender á Lázaro del lado de la difunta; pero

el desventurado huérfano permanecía inmóvil, inclinado sobre el cadáver de su madre, y su vaga mirada inspiraba espanto y compasion. «¡Muerta! exclamó, ¡muerta la única persona que me amaba en este mundo! ¡muerta! ¡Ay! ¿por quien debo vivir?»

Una voz misteriosa respondió: «¡Por tu madre!»

Retorcido Lázaro lleno de horror, mas cayendo después de rodillas y cubriendo de besos ardientes los labios helados de su madre yerta, comprendió y aceptó la respuesta que acababa de oír. Después de las lúgubres ceremonias de los funerales, volvió á su trabajo acostumbrado; cerca del puesto que ocupaba la difunta estableció su taller en que acostumbraba á sentarse, y encima colocó los objetos que usaba llevar consigo; y pronto su fantasía erodó la imagen querida que no podia borrarse de su corazon. Todas las dias pasaba largas horas apoyado en la ventana hablando con su madre, cuyas dulces palabras resonaban en los oídos, cuyas venerables ficciones veían los ojos de su hijo. Un solo pensamiento, una idea lóbrega ocupaba empero su alma: en el aislamiento en que se hallaba se le habia mostrado un momento su madre difunta como un rayo de esperanza. Pero actualmente se someta resignado á la vida, pues en espíritu continuaba viviendo con su madre. La pérdida del único sosten de su vida obligó á Lázaro á salir mas á menudo de su retrete y á mezclarse algo mas en el mundo. Desprovisto de todo atractivo, mostrábase indulgente para con los que lo evitaban, y agradecido para los que á él acudían. Oír hablar de la que le dió el ser, oír encomiar sus virtudes, era un placer indecible para el pobre jiboso, que continuaba administrando las limosnas de su madre y en nombre de esta para oír bendecir su memoria.

En la ribera opuesta vivia en una habitación análoga á la de Lázaro un relojero llamado Walter, de grande y merecida fama, si bien hacia algun tiempo que habia renunciado á su profesion y vivia encerrado, sin comunicacion con las gentes, que ignoraban si el famoso relojero estaba muerto ó vivo. Y sin embargo, hervia en la cabeza de Walter un proyecto á cuya realizacion consagraba todas sus fuerzas y todos sus instantes. Desgraciadamente este proyecto era descabellado: el ingenioso Walter, después de haber perfeccionado el arte de la relojería, habia concebido la idea de una máquina dotada de un movimiento perpetuo. Al principio Walter apartó de sí tan extraño pensamiento; pero poco á poco acabó por ser dominado por esta idea esclusiva, en términos que á ella consagraba con el mayor ahínco y una perseverancia digna de mejor objeto, el crepusculo de su vida.

Tenia Walter una hija llamada Batilde, jóven, pálida, silenciosa, desprovista de gracias corporales, y tan solo recomendable por su bondad y resignacion. Jamás hablaba Batilde con las demás personas de su edad; ningún canto resonaba en su reducido aposento, y envuelta en un lútrico aislamiento como en un palio funeral, trabajaba con tesoro y sin el menor recreo.

Todos los dias pasaba Lázaro por delante de su ventana; la primera ventura efecto del acaso; pero la languidez de Batilde hizo impresion en su pecho, y después apenas transcurrió un dia sin verla. Procuró conocerla y hablarla, y la doncella respondió con tibieza, pero tan pocas palabras, siendo fácil de notar que el silencio y la soledad le eran mas halagüeñas que la conversacion del pobre Lázaro. Fácilmente comprendió este que su presencia era inoportuna, y cesó de dirigirle la palabra á la doncella.

Abierta en sus indagaciones, pronto acabó con sus recursos el padre de Batilde. Lázaro compró á un precio exorbitante las últimas alhajas y los relojes que quedaban á Walter; y después acudió á los acreedores de este, obligándose á pagarles cuanto les debía el visionario.

Así pasaron algunos meses. Por último, recelosa del porvenir, solicitó Batilde una esplicacion con los acreedores, y todo fué descubierto. Su primer movimiento fué ir á ver á Lázaro y manifestarle de rodillas su reconocimiento. Un vivo enternecimiento habia sucedido á su frialdad habitual, y la gratitud parecia haber derretido el hielo de su corazon.

Libre desde entonces del estorbo que acarreas los procederes clandestinos, pudo Lázaro volver mas eficaces sus beneficios. Batilde le fué desde aquel instante una hermana cuyas menesteres y deseos fueron objeto de la mas viva solicitud de parte de su bienhechor; y desde la muerte de su madre la hija de Walter fué la única criatura en quien pudo verter su ternura. La doncella recibia las atenciones de Lázaro con sensible reserva. Todos los esfuerzos de este no podian disipar el tinte de tristeza que dominaba su alma; la bondad de Lázaro conmovia el corazon de la hija de Walter, que manifestaba á veces con efusion su gratitud; pero ahí se limitaban sus sentimientos. Lleno de gozo al poder amar á otra criatura humana, el pobre Lázaro se contentaba con la amistad de Batilde, sin atreverse á pedir de su corazon un sentimiento mas dulce.

No obstante, como la hija de Walter parecia acostumbrada á la festividad del pobre jorobado y mirado, no solo sin horror, sino con perfeccion, se sintió Lázaro, después de mucho dudar, á desahuciar por

comenzar de su vida, pensamiento que el principio había rechazado como una quimera.

Una noche Lázaro, agitado más que de costumbre, se dirigió á casa de Batilde. Al momento de entrar, le pareció oír una voz desconocida que pronunciaba el nombre del objeto de su amor. Lázaro abrió con tanto la puerta y percibió á Batilde llorando sobre el hombro de un joven vestido de viaje.

Al ver á su bienhechor, exclamó con viveza Batilde: «¡Ah! venid, acercaos, madre Lázaro; mirad á mi querido Félix, mi novio, que vive muerto.»

Lázaro retrocedió mal seguro: todo lo había comprendido.

Un raudal torbellino amenazó destrozar su corazón; pero la imagen de su madre disipó las nubes que empañaban su alma.

Al día siguiente salió Lázaro á la hora del paseo que, acompañado de su hija, hacia Walter, curado en fin de sus manías, y como se dirigiese al campo el anciano, acercóse á él Lázaro, y sin más preliminares le pidió la mano de su hija. Estremecióse Batilde; pero cuando oyo á Lázaro hablar de Félix como de la persona destinada á recibir su mano, respondió victoriosamente á las objeciones de su padre, é indecible fué su júbilo.

Asistió Lázaro á la celebración del matrimonio de Batilde, y estableció á sus costas á la joven pareja, deseándoles toda la felicidad que le negaba implacablemente su triste suerte.

Solitario en su aposento, llegó al fin de sus días la indolente criatura, á quien el cielo había deparado un alma bellísima en un cuerpo contrahecto. Abandonado de todos, no tuvo más compañía que el recuerdo de su madre, y su nombre fué la última palabra que pronunció antes de morir.

Sin embargo, esta vida solitaria, desprovista de cuanto juzgan los hombres felicidad, no dejó de contener un goce de que solo disfrutaban las almas predilectas, y que ni aun sospecha el vulgo necio; un goce superior á todas las satisfacciones del orgullo, de la vanidad y del amor carnal: amar á los demás más que á sí mismo. Tal fué la satisfacción de Lázaro en la tierra.

José CAMPOS.

UNA VISION.

Es media noche. Por la entresabiada ventana veo cruzar el firmamento negro nubarrones, fantasmas móviles que apagan el fulgor de la luna y se inclinan hácia la tierra, envolviéndola en una pesada atmósfera. Alguna solitaria estrella asoma su pálida faz, contemplando temerosa la lúchre tranquilidad de la naturaleza. Todo respira melancolía, y apoyada la frente en mis manos veo vagar tétricas visiones, que armonizan con el estado de mi corazón.

A intervalos viene algun ahogado gemido que enristrece aun más el lóbrego silencio que en mi torno reina: eres tú, madre mía, que Yates cerca de mí, agobiada por el exceso del sufrimiento. ¡Qué desconsuelo vierte en mi alma la vista de tu semblante marchito por los pecares! ¡Cuántas amarguras habrán cruzado por tu existencia hasta marcar tu paso en indelibles surcos sobre tu noble y pura frente! Tú, madre mía, que has pasado los límites de la juventud, tornas la vista hácia el pasado, y dime: ¿te ha recompensado el mundo lo que le has hecho sufrir? ¿Los días serenos de tu existencia pueden pesarse en la balanza de los del dolor? ¡Ay! demasiado comprendo que no. En medio de tu letargo pronuncias entrecortadas frases, que solo respiran un triste desconsuelo; yo sé que tu vida ha sido sembrada de amarguras, y sin embargo, madre mía, tú has sido siempre una noble y santa criatura. El espectáculo de tus sinsabores me desalienta. Mi cabeza se inclina fatigada al empezar la vida. No me halló con fuerzas para emprender su larga y espionosa senda. Levanto mi vista á los que antes que yo la han emprendido, y veo sus pies despedazados y sus rostros envejecidos en el sufrimiento. ¡Cuántos han pisado sus umbrales respirando alegría ó ilusiones, y á la mitad del camino han sucumbido bajo el Aquilon de la desgracia! ¡Cuántos, seducidos por el brillo de algunas flores, han tomado una senda extravíada, y encontrado á su término espantosos abismos que no han podido salvar! ¡Ay! mi vista se turba, el desaliento se ha apoderado de mi corazón. Si estás destinada, madre mía, á elevarte á la celeste altura, estréchame en tu seno y llévame contigo; evítame los largos años de sufrimiento que quisiera me esperen en este mundo. No quiero tampoco sus flores, porque sus espinas me han de herir antes de tocetlas, y en seguida las he de ver marchitaz á mis pies. Mundo, desprecio tus gozes; quiero evitar tus desengaños; quiero elevar al Señor mi alma, inocente toda vía.

Así exclamaba en mi delirio, y lágrimas ardientes surcaban mis mejillas.

Algunas ráfagas de viento cruzaban entonces por mi ventana, y

me parecían eran las almas que desprendidas ya de la tierra se elevaban hácia los cielos, y un inmenso deseo de seguiras se apoderó de mí.

Prostrado, y fijos mis ojos en el cielo, pedí entonces al Señor un poco de paz para mi espíritu agitado.

La luna había despejado ya el firmamento, y noble soberana navegaba lentamente por el azul éter, entre diáfnas blondas de cristal. Su suave claridad inunda mi alma de un bálsamo consolador. Los suspiros perfumados del céfiro, penetrando en mi estancia, refrescaron mi ardoroso frente. Poco á poco una dulce languidez se apoderó de mi espíritu, y una voz suave resonó en mi oído, dirigiéndome estas consoladoras palabras:

«Pobre y débil mujer, ¿por qué te acobardas al aspecto del dolor? Si te desalienta la perspectiva de los precipicios que en tu camino se presenten, ¿por qué fijas tu vista en ellos? Levántate, tímida criatura, y enpuende con planta firme y ánimo sereno esa escarpada senda que te se presenta. Siempre á tu paso balsámicas plantas, que ellas florecerán, y te enviarán sus perfumes para refrescar tu fatigado aliento. Salva valerosa los áridos peñascos que te apartan del término de tu viaje, y llegada á su fin, contempla ese risueño espectáculo que ahora te presento.»

Entonces en un terso y cristalino lago vi reflejadas las tempestades que combalieron mi existencia, y su vista, en lugar de despertar tristes recuerdos, llenó mi alma de una santa satisfacción. En sus bordes vi crecidas las benéficas plantas que á mi tránsito sembrara, y que transformadas en frondosos y floridos árboles, formaban un espeso bosque, á cuya sombra descansó mi fatigada cabeza, aspirando sus perfumes.

Al extremo de ese bosque se elevaba una brillante puerta, cuyas hojas de diamante se abrieron para dar paso á celestes melodías, de entre las cuales se elevaron estas palabras: «Alma santa y valerosa, ven á recibir el premio de tus dolores en la tierra. Si cortos años de amargura has soportado humildemente, ven á gozar siglos de ventura. La puerta del paraíso se abre hoy para tí»

Radiante de felicidad dirigí un adios al lago y al bosque, y ansiosa me lancé en busca de la eternidad...

En ese momento una ráfaga de viento, penetrando en mi estancia, sumergióme en la oscuridad. Un gemido salió del pecho de mi madre... Volví á la realidad de la vida, y una lágrima se deslizó por mi rostro al abandonar mi dulce ilusión; empero mi corazón estaba fortalecido, y mi ánimo dispuesto á soportar con firmeza los embates de mi existencia...

M. DEL M. DE S.

UN MATRIMONIO POR FUERZA.

A la puerta de una de las mejores fondas del cuartel de las Tullerías acababa de parar una silla de posta tirada por seis caballos. Bajaron del carruaje dos jóvenes, mientras que un criado que los precedía preguntaba cuál era el cuarto dispuesto para el conde de Morianof.

—En el primer piso, núm. 3, respondió el fondista prodigando las mayores muestras de profundo respeto á los dos viajeros, cuyo tren anunciaba grande riqueza y no menor dispendio.

Entraron los dos jóvenes en un salón esquisitamente adornado: uno de ellos se tendió francamente en un sofá; el otro abrió una ventana y exclamó con un acento lleno de entusiasmo:

—¡He aquí París! ¡qué hermoso! ¡qué animado! Decidme, querido Franville, ¿estamos lejos de la calle de Santo Domingo?

—A diez minutos de distancia, si vamos en carruaje con buenos caballos.

—Muy bien. ¿Supongo que no olvidásteis las condiciones de nuestro trato?

—Las tengo muy presentes, querido conde.

—No hay que perder tiempo: empecemos al instante.

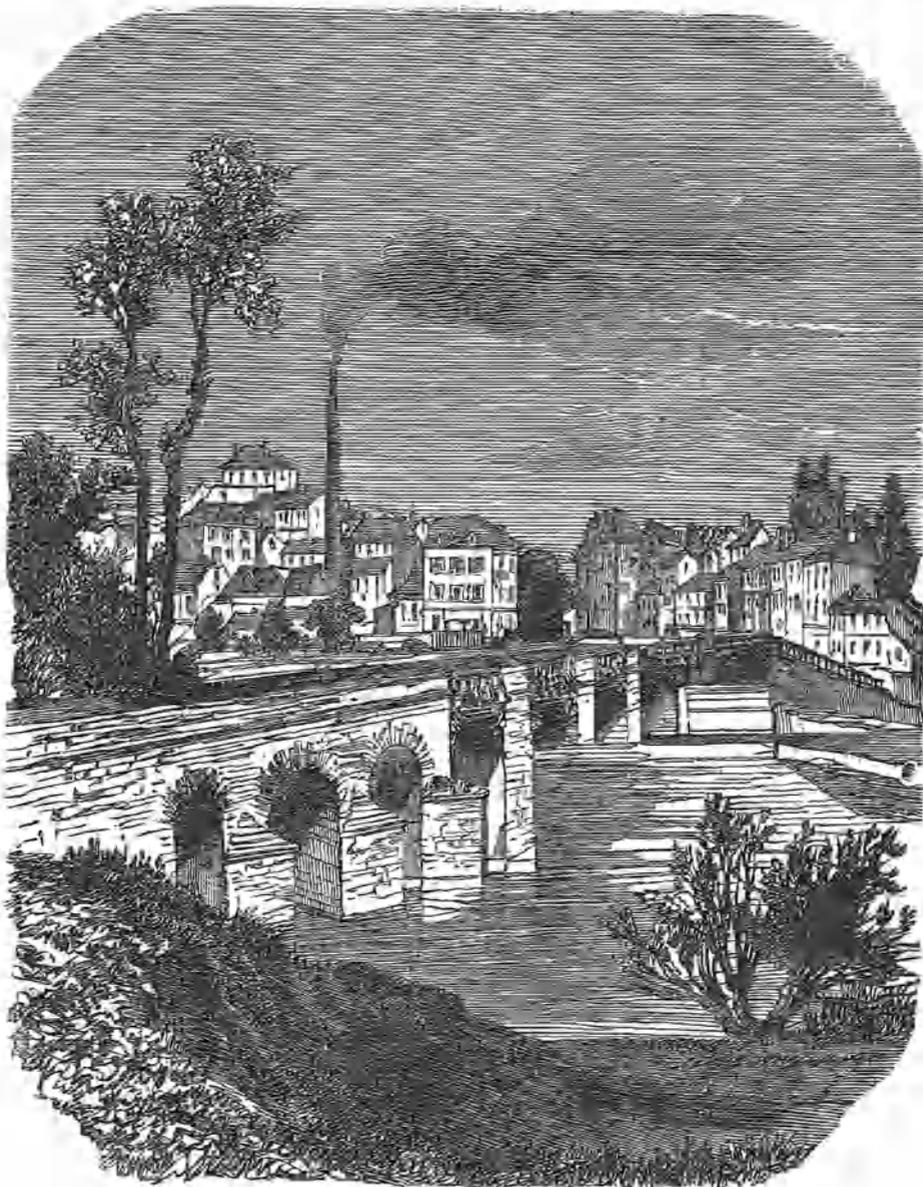
—En buen hora. Mandad á vuestros coceros que os visiten: íremos á comer al café de París, y mañana tomareis la primera lección.

El conde Anatolio de Morianof era un ruso del tipo primitivo, un moscovita inculto. En sus ademanes, en su andar, y hasta en el aire de su fisonomía, se observaba en él algo de poderoso y de vulgar al mismo tiempo. Era de alta estatura y de una belleza algun tanto selvática. M. Adriaan de Franville, su compañero, en nada se le parecía, y jamás se vió más pronunciado contraste. Si el uno ofrecía el modelo del verdadera ruso con toda su sencillez nacional, representaba el otro en toda su gracia al mas refinado parisien; era un hombre de minuto, de veinticinco á treinta años, delgadillo, astuto, fino, florido, lleno de buenos modales, afectando los primores de una exquisita elegancia, siempre aplicada á agradecer y á producir efecto: en una palabra, un perfecto dandy; la corteza mas brillante, y poca cosa dentro.

Estos dos nombres, que parecían tan poco hechos para entonarse, se habían encontrado en un jardín y en un salón donde se reúne durante el verano la sociedad más extraña de Europa, donde se hallan mezclados los elementos más heterogéneos, en Baden. El ruso ostentaba allí todo su esplendor aristocrático; Dono de fiereza y orgullo, contemplaba el mundo desde la altura de su grandeza y de su ignorancia; el parisiense, por el contrario, se entregaba á toda su frivolidad natural, y ponía en juego todos sus atractivos: velasele revolotear en torno de las señoras, siempre risueño y burlón, pródigo de su persona, de su ingenio y de su bolsillo, tres tesoros que estaban muy lejos de ser inagotables. A pesar de la diferencia de sus caracteres, de sus situaciones y de la conducta que respectivamente observaban, el conde

de Morianof y Adriano de Franville debían llegar casi al mismo término; pues uno y otro habían hallado en el camino de su vida una pasión que los llevaba derechos á la desesperación.

El conde había salido una mañana muy temprano para dar un paseo por los bosques que rodean el antiguo castillo. Sombríos pensamientos agitaban su espíritu: caminaba sin dirección, dando desahogados pasos y apaleando los arbustos con su caña en los raptos de melancolía. De repente vió un hombre parado delante de un magnífico pinabete, en pié, con los brazos cruzados y la vista fija en la cima del árbol. Al ruido que hizo el conde al acercarse, Franville (pues él era) se volvió y dejó adivinar la contrariedad que sufría viendo que le interrumpían en sus meditaciones. Sin embargo, saludó cortesmente



(Vista de Charenton.)

á Morianof y se dejó de aquel sitio; pero el conde le siguió maquinalmente. No tardaron en hallarse en un paraje donde se cruzaban dos caminos, y Franville se detuvo con marcada intención de dejar pasar al ruso delante y de tomar la sonda que este no eligiese. Era tan clara esta maniobra, que no podía escapar á la inteligencia y precaución de Morianof.

—Perdonad, caballero, dijo el conde: ¿decais estar solo?
—Sí señor, respondió Franville.
—Si lo hubiera sabido, os habría dejado más presto.
—Sois amable con extremo.
—Y me pesa en el alma haberos incómodo cuando estabais contemplando á aquel enorme pinabete.
—Cabalmente entonces estaba discutiendo que era un árbol hermoso para ahorcarse.

—¡ Ah! ¿tendríais el proyecto de acabar con vuestra vida? No quiero estorbaros. Adios, señor mío.

El mal humor de Franville no pudo resistir á esta salida: saltó la carecajada, y el conde reposo frunciendo las cejas:

—¿Os parece un chiste lo que os he dicho?

—Sí tal.

—No veo en ello nada que no sea muy natural; yo tenía la misma idea.

—¿La idea de ahorcaros?

—No precisamente de ahorcarme, sino de dar la de otra manera: mirad, dos pistolas he traído conmigo; si gustais, os ofrezco una.

—¿Sois por ventura inglés?

—No: soy ruso, y me llamó el conde de Morianof: vos sois francés, y os llamais Franville. Me habeis chocado, y me he informado de vos

Porque de todos los hombres que hay en este momento en Baden, vos sois el que mas envidia.

—Es un honor que merezco muy poco.

—¡Ah! ¿si yo fuese como vos, no pensaría en matarme!

—Ni yo tampoco, si estuviese en vuestro pellejo.

—Daria 200,000 rublos por poner vuestras prendas.

—Si pudiera venderlas, las daria á mucho menor precio; y esto tal vez nos sacaria á ambos de penas. Pero ¿podria, sin ser indiscreto, preguntaros la causa de vuestra desesperacion?

—El amor.

—¿Y el motivo de vuestra melancolla?

—El juego. He perdido cuanto tenia y muchísimo que no tenia.

—Año á una patena vuestra y la adoro sin esperanza, pues ignoro el arte de agradar.

—Os desesperais demasiado pronto. ¿Matarse por amor, qué locura!

—¿Matarse por dinero, qué tontería!

Después de darse mutuamente estas muestras de confianza, tomaron juntos los dos jóvenes el camino de la ciudad, y su conversacion los llevó á hacerse ócasionales ofertas de servicio. El conde puso su bolsillo á disposicion de Franville, que lo aceptó con una condicion.

—Quiero, le dijo, poneros en estado de conquistar el corazón de la que ama; para esto es necesario que me reveleis todo entero vuestro secreto.

Entonces contó el conde á Franville que al llegar á Baden á principios de la estacion, habia encontrado á la baronesa de Vareilles, una de las mujeres mas lindas del arrabal de San German, y al momento habia sentido nacer en su alma una pasion violenta. La baronesa era viuda, libre, encantadora, razonablemente coqueta, y estaba siempre rodeada de una turba de pretendientes. Aumentó el baron el número de estos, y fué bien recibido; hicieronse además algunos avances, ó al menos así lo supuso; pero en breve echó de ver que madama de Vareilles se divertia con su mala gracia, y se complacia en hacerle cometer necesidades de que se reia con sus cortesanos. Llamábale su salvaje, y decia algunas veces: «mucho nos divertiremos esta noche, pues tengo ánimo de hacer bailar al oso.» El conde casi estuvo por amostuzarse; pero le faltaron fuerzas para ello: inclinó dócilmente la cabeza al yugo de la zumba, y fielmente engañado por las graciosas chanzas de que era objeto, y tomando á la letra las dulces palabras con que se le acariciaba, tuvo la cándida vanidad de creerse amado. Entonces aguardó una ocasion en que hablar á la baronesa sin testigos, y cuando halló esta ocasion, expresó su amor como lo sentia, con la áspere energia y la brutal sencillez que una mujer del gran mundo parisiense no podia comprender. Madama de Vareilles se guardó vivamente de tan brusco ataque, contentándose con responder:

—Hasta ahora me habeis hecho reir, caballero: en este instante me dais miedo.

—Después de oir estas palabras crueles, continuó diciendo el conde, eché una mirada sobre mi mismo, y me vi precisado á reconocer toda mi indignidad. Si, yo era un salvaje, un oso, un bárbaro, un rústico: lo soy todavía, pues no sé bailar, ni andar, ni saludar, ni sonreir, ni hablar como es necesario para que vuestras mujeres elegantes me distinguan. Solo un partido me quedaba que tomar: el de combatir y ahogar tan loco amor; pero en vano lo intenté. La baronesa no desmintió ya sus desdenes; y era tal mi debilidad, que echaba de menos aquel tiempo en que se burlaban de mí. Ayer se volvió á Paris, y esta mañana, después de una noche malísima, casi estaba desolado á poner término á mis dias, cuando me habeis encontrado.

—Por dicia vuestra, mi querido conde, pues me encargó de vuestra educacion. Dentro de poco tiempo habré desaparecido la corteza moscovita, os habré convertido en un parisiense hecho y derecho, y la baronesa quedará encantada de la metamorfosis, cuya honra recogerá toda entera.

A la mañana siguiente á su llegada á Paris, Franville presentó al conde sus tres amigos cosacos, perfectamente afeitados y empolvados, con calzon corto y guantes blancos.

—No para aquí, le dijo; pues os he tomado un ayudo de cámara que ha servido al duque de... y dos *grooms* ingleses para vuestros caballos... Ahora vamos á empezar nuestro estudio. Que entre el maestro de baile.

La mañana siguiente se consagró tambien á la instruccion: después del maestro de baile vino el maestro de música; luego el profesor de literatura. En seguida fueron los dos amigos á pasearse el bosque de *Boulogne*, y desde allí al casino y á la ópera. El conde buscaba por todas partes á madama de Vareilles, y Franville le aconsejaba que huyese de ella hasta mejor ocasion.

—No conviene verla, le decia, hasta que os habeis tan completamente mudado que podais producir en ella una impresion muy viva.

El ruso era dócil, y esta virtud nacional debia servirle tanto como su firme voluntad; trabajó con tanto ardor y paciencia, era Franville un buen maestro, tenia el discípulo tan buenas disposiciones, que al

cabo de seis meses el ruso se habia desvanecido enteramente para dejar su lugar á un dandy, modelo de buen tono, de ligereza y gracia. Cambiase en todas las reuniones al conde de Morianof como tipo de un jufo de mucho gusto, como dueño de los mas bellos caballos de Paris y de los mas esplendentes carruajes. Los elegantes de la capital se esforzaban en igualarle; pero ¿cómo competir con un hombre que poseia veinticinco mil vasallos y sesenta leguas cuadradas de tierras y pueblos?

—Estoy muy satisfecho de vos, dijo un dia Franville á su discípulo: habeis sobrepasado mis esperanzas y tenido suficiente valor para imponer silencio á vuestra pasion. Esta misma noche quedará recompensada tanta virtud. Treinta al baile que da vuestro embajador; allí estará la baronesa.

Gran trabajo costó á madama de Vareilles reconocer en el brillante y gracioso caballero que ante ella se presentaba, al bárbaro rústico que tanto la habia divertido y escandalizado en Baden; y así que hubo estado en la cuenta, le dijo el conde:

—Esta metamorfosis es obra vuestra: por vuestro amor me he transformado de la manera que me veis.

La amable baronesa comprendió que esta era en mas bella y liasonjera conquista. Al pronto triunfó su vanidad; pero Franville, profundo observador, advirtió que no tardaria el corazón en ponerse de parte del amor propio.

Este primer instante de felicidad que Morianof experimentaba al cabo de seis meses, y este primer rayo de esperanza que brillaba en su alma, quedaron marchitos por un aviso que le dió uno de los secretarios de la embajada.

—Vuestra reputacion parisiense, le dijo el diplomático, ha llegado hasta San Petersburgo: el emperador ha pedido algunos informes acerca de vuestra persona. Ya sabois que S. M. no gusta mucho de los ausentes que brillan fuera de su corte; y de temer es que venga muy pronto una orden imperial que os obligue á salir de Francia y á restituirse á vuestra patria.

En efecto, el peligro era inminente, y para conjurarle recurrió Morianof á un arbitrio que en semejantes circunstancias suelen emplear con buen éxito los rusos opulentos. Compró dos magníficos cuadros y se los regaló á su soberano. El museo de Petersburgo está casi enteramente compuesto de esta clase de donaciones, y el palacio del Czar amueblado por los regalos de sus hijos rúbditos que de esta manera consiguen y compran el permiso de vivir lejos de su augusta magestad.

Uno de estos dos cuadros era de Decampa, y el otro de Pablo Delaróche: bien sabía esto una prolongacion de ausencia, que el conde aprovechó para hacer rápidos progresos en el corazón de la baronesa. Fueron las cosas tan jen pops, que al fin se pronunció el nombre de matrimonio; pero un ruso ilustre no puede casarse en pais extranjero sin consentimiento del Czar. M. de Morianof compró otros dos cuadros, y añadió á ellos dos estatuas, un tapiz de la famosa fábrica llamada *Les Gobelins* y un servicio de porcelana de Sevres: en la carta de remision solicitó el henaplicio imperial. Aceptó el Czar los regalos del conde; pero le negó el permiso para casarse con Mme. de Vareilles; además, el augustó soberano mandó á su fiel súbdito que volviese á San Petersburgo en un plazo muy breve, so pena de ver sus bienes confiscados, y algunos de sus próximos parientes enviados á Siberia.

Era forzosa obedecer. El conde parió, prometiendo á la baronesa que presto estaria de vuelta.

Para un hombre que se ha acostumbrado á los encantos de la vida parisiense, el volverse á Rusia es una verdadera calamidad. Duro es por cierto abandonar el centro del gusto, de la elegancia; y de los placeres, para encontrarse luego en Petersburgo en el seno de la barbarie, bajo un yugo que á todos abruma, hasta á los mas encumbrados. ¿Qué será pues cuando á estas miserias se añade el tormento de un amor desgraciado; cuando con tantos otros bienes se ha dejado en la tierra extranjera una mujer suada y un curazon amante?

No era el conde tan buen cortesano que pudiese ocultar sus pesares, y el Czar le regañó porque no preferia San Petersburgo á Paris, y el capricho imperial á su pasion. Morianof habia caído en un principio que á fuerza de simision, de respeto y de súplicas lograria despertar la clemencia de su soberano y alcanzar aquel consentimiento tan cruelmente negado; pero el Czar no era hombre que se contentase con poco cuando atormentaba una victima.

—Conde de Morianof, dijo un dia el príncipe sonriendo, sé que tenéis grandísimos deseos de casaros, y para daros gusto os he buscado una esposa; la señorita de Lutanski, hija única del valiente general de este nombre. He decidido que el matrimonio se celebrará dentro de tres semanas.

Un rayo fué para el conde esta noticia. Rescindido del primer esbozo, pidió al Czar el favor de una audiencia particular, y allí, con todas las fórmulas del respeto mas profundo, se negó á admitir el honor del no-las que se le habia propuesto.

—¿Os rebelais, señor conde? exclamó al Czar: bien veo que os he dejado permanecer demasado tiempo en Francia.

—Señor, repuso Morianof, no quisiera ofrecer á una protegida de V. M. un corazón que pertenece á otra.

—¿Cómo! ¿os acordáis todavía de la baronesa de Vareilles? Os presongo que jamás obtendréis mi consentimiento para semejante matrimonio, y no os permitiré volver á París sino cuando esteis casado. Pensadlo bien, y cuidad de que yo no encuentre la mansión de San Petersburgo demasiado agradable para un súbdito desobediente.

—Ya puedo disponer mi viaje para Siberia, dijo Morianof al entrar en su casa.

Pero ¿cuáles no serían su admiración y su alegría cuando á la puerta de su palacio encontró á su amigo Franville?

—¿Y la baronesa? exclamó al punto: dadme nuevas de Mad. de Vareilles: sin duda han interceptado sus cartas, pues en un año que hace que vine ni una sola línea he recibido escrita de su mano.

—Quería venir; pero el embajador tenía órdenes, y se ha negado á firmar su pasaporte.

—¿Tantos obstáculos habrán debilitado su amor!

—Al contrario; los obstáculos han irritado su pasión. Sabéis que es viva de ingenio y ardiente de imaginación. Hemos hallado un medio algo extravagante.

—¿Qué medio? habló, querido Franville.

—No; bastante he dicho ya. El medio está en un *Vaudeville* francés que vereis representar esta noche en el teatro, adonde iremos juntos. Podéis presentaros en mi compañía; pues para alucinar á vuestro receloso gobierno, he tomado pasaporte en la embajada inglesa bajo el nombre de sir Arturo Reynolds.

Por la noche, Morianof y Franville estaban en el teatro, ocultos en los asientos mas oscuros: el cartel habia anunciado una *debutante*, y cuando esta se presentó en la escena, Franville no tuvo tiempo mas que para poner su mano en la boca del conde que habia reconocido á Mad. de Vareilles.

—Sí, ésta es, amigo mío. ¿Pensaréis ahora que su amor se ha debilitado? Venid á los bastidores y allí la hareis la corte.

—¿Cómo! ¿pretendéis que yo obre de ese modo y sin misterio?

—Debéis obrar abiertamente: os era moraréis de la actriz, hareis locuras por ella, y concluiréis por firmarle una promesa matrimonial.

El siempre dócil Morianof se dejó guiar por Franville y por la baronesa, é hizo cuanto quisieron. Al cabo de pocos dias no se hablaba en San Petersburgo mas que de la pasión del conde á la actriz francesa. El Czar, que se ocupa bastante de los asuntos del teatro, no sabia qué pensar de este amor, y concluyó por imaginar que Morianof no tenia otro designio que el de romper enteramente todo proyecto de matrimonio con la señorita de Latanieff.

—Yo castigaré su insolencia, dijo.

Y ya se disponía á firmar una orden de destierro para la Siberia, cuando se presentó la actriz á implorar su justicia contra el conde de Morianof.

—Me ha engañado, decía, me ha dado esta promesa firmada de su mano y no quiere cumplirla!

En cualquier otra ocasion hubiera hallado el Czar muy ridículas las pretensiones de una cómica que queria obligar á un gran señor ruso á casarse con ella, bajo el frívolo pretexto de un compromiso solemne; pero ahora se trataba de una venganza imperial. Brilló en el rostro del Czar un relámpago de alegría; mandó llamar á Morianof y le dijo:

—Un hombre bien nacido debe ser esclavo de su palabra. Os habeis resistido á casaros con la hija del príncipe Latanieff; gustais de las francesas: os casareis con esta jóven; yo lo mando.

El conde fingió alguna resistencia; luego cedió y se celebró el matrimonio.

—Ahora, le dijo el Czar despues de la ceremonia, bastante castigado estais: os permito vender vuestros bienes é ir á estableceros en París con vuestra mujer que os dará infinita honrr.

CASTEL.

Luis Bertran Castel, jesuita, autor de muchas obras de geometría, de filosofía y literatura, nació en Montpellier en 1688, y murió en 1757 á los sesenta y ocho años de edad.

Algunos pensamientos sueltos podrán servir para dar á conocer la originalidad que caracteriza los escritos del P. Castel.

Hablando de las facultades del alma: el entendimiento, dice, es como un vapor sutil que el sol levanta sin turbar la claridad del día, y las pasiones son como vapores espesos que forman una niebla; las sensaciones son como aquellas gotas gruesas de las lluvias pesadas y densas que hacen sombrío y tenebroso el día. La idea corresponde á lo que es la vision en el ojo; la comprension á la persuasion del oido; la sensacion á la ciega seguridad del tacto. El pueblo es pueblo por las sensaciones; el sabio lo es por las ideas, y el hombre civilizado viene á ocupar un medio.

Nuestro autor distingue en el ingenio dos cualidades que le caracterizan; es inventor y filósofo; lo primero por viveza, y lo segundo por madurez; la viveza forma la gracia en la expresion, y la madurez el juicio, y ambas cosas son necesarias para formar el ingenio. Sin el espíritu filosófico y el discurso, el ingenio se evapora en imaginaciones extravagantes, y no inventa. Sin la inventiva, el talento filosófico no es mas que el sentido comun, que solo aprovecha al que le tiene, y que no comete faltas, por la misma razon que no inventa nada de extraordinario.

El mismo fondo que forma el talento de un buen militar, forma el de todas las ciencias y artes. Aplicado á la poesia, ha formado los Homeros y los Virgilio; aplicado á la filosofía, los Aristóteles y los Descartes; aplicado á las matemáticas, los Arquimedes; y aplicado á la guerra los Alejandro, los César, los Turanas y los Condés: en fin, cuando llega á un cierto grado de perfeccion, lo abraza todo.

El filósofo de nada se admira; todo lo espera, todo lo prevé, y conoce las causas por los efectos, y nada teme sino lo que no comprende. La ruina del universo le aniquilaria sin espantarle. Este es el verdadero filósofo; los demás solo son graciosos habladores. Que se me presente, añade el autor, un ejemplo de filosofía semejante al de uno de nuestros generales, el cual en el mayor ardor de una batalla pidió un polvo de tabaco á uno de sus tenientes, y viendo que le habia muerto una bala de cañon al tiempo que le presentaba la caja, se volvió con serenidad al lado opuesto y dijo á otro oficial: *Hágame V. el favor de darme el polvo, pues este se ha llevado la caja consigo.*

QUANTO.

Lucha una idea en mi mente,
y en mi corazón doliente,
de continuo abierta está
herida que el alma siente
que devorándome vá;
y mientras luchando abrido
la idea, y tras ella voy,
más la herida abriendo estoy
que habrá de morir conmigo:
sabe el cielo
el alma con que batallo
entre un desden que recebo
y entre un amor que no hallo.

Do amé rigores cogi;
y con frívola altiveza
luego burlarme creí
del poder de la belleza,
hasta el día en que te vi.
ahora busco tu mirada
con amante desvario,
y acobarda el pecho mío
temor de verte enojada:
ahora hablarte
solo, idólatra, deseo,
y ante el temor de enojarte
enmudezco si te veo.

Díjome el cielo con mil daños
un corazón que corrí
batallando años tras años
entre ensueños que trocé
por acervos desengaños;
y que ahora ciego se lanza
tras la ilusion de tu amor
donde batalla mayor
mi náufrago pecho alcanza:
do á saber
tu desdeñoso desvío
corrí tal vez para ver
desengañado el amor mío.

Mas, si por dicha te apiada
ese tormento que lloré,
esa cadena dorada
de mi vida enamorada
que arrastró porque te adoré:
dime adios; que huir prefiero
de mi temerario amor,
si es cierto tu desamor
mientras yo amándote muero;
que es azar
mayor en trance tan fuerte
esperanzado adorar,
que desdeñado perderte.

LA CORONA DE ORO.

ODA

AL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

¡Oyes cómo te aclama reverente
El pueblo en derredor? Grata armonía
Suena dóquier: en resonante coro
Que inunda de placer el alma mía,
Te celebran los vates, y tu frente
Ornar intentan con corona de oro.
Digno eres de ella; el pueblo no se engaña
En tan grande ovación: que tú constante
Sus fueros defendiste,
Cuando á romper el yugo degradante
A sus hijos llamó la noble España,
Y ni al amago del tirano fiero
Tu corazón indómito rendiste.
Ni jamás con acento lisonjero
Endiosaste al poder. Los altos hechos
De gloria y de virtud, y los varones
De fama esclarecida,
Que al ver la patria misera oprimida
Alzaron de Castilla los pendones,
Estos los temas fueron
De tu canto sublime. Ora en la escena
Al ínclito Pelayo retratabas,
Modelo de constancia y heroísmo,
Que á la hueste agarena
Hunde con mano férrea en el abismo;
Mientras arde en amor con llama impura
La infeliz Hormesinda,
El terror hermanando y la ternura:
Como en fiera tormenta
De borrascoso mar, á veces linda
Aparece entre nubes tronadoras
La estrella del amor, su gloria ostentz,
En Tarifa Guzman. Penoso duelo
Su pecho oprime en la terrible lucha;
No hay para el padre mísero consuelo.
Antes la patria sea,
Que del hijo el amor, el héroe clama,
Y la piedad no escucha,
Y al campo lanza del injusto moro
El acero fatal... Tente ¡oh verdugo!
Mas ¡ay! que el tierno infante al padre llorca
Con moribunda voz y amargo lloro.
Canto de execración el bardo entona,
Cubre el oprobio del infiel la tumba,
Brilla en la de Guzman aurea corona.

En Trafalgar retumba
El pavoroso trueno
Del cañon que vomita horrenda muerte,
Y las ondas sonoras
Del mar revuelven las tajantes proras.
Al agresor britano, altivo y fuerte
Acometen con ánimo sereno
Los hijos de la Iberia, enrojeciendo
El piélago espumoso.
Oyese de tu lira el son tremendo,
¡Oh gran Quintana! que mezclado sube
Con el ronco clamor de la pelea
Y el humo denso en vaporosa nube;
Y allá en el templo augusto
De la inmortalidad, dó tan brillante
Lugar te espera, en letras de diamante
Un genio escriba los sentidos versos
En que el honor campea
Del rojo pabellon que al aire ondea.

Aun resuena en mi oído
Aquella voz robusta, atronadora,
Que desde la alta sierra
Lanzaba por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Oh recuerdo! ¡Oh placer! Tu musa entonces
Emulando á la antigua de Tirteo,

Al patriota español enardecia,
Que empuñando el acero
Para lidiar en desigual contienda,
Guerra eterna, gritaba, al extranjero
Que el suelo hispano dominar preteada.
En fuego sacrosanto
De libertad tu corazón ardía,
Rayos lanzaba tu grandioso canto,
Y el pueblo entusiasmado te aplaudía.

¡Qué fué negado á tu fecundo número?
El cantó, la grandeza aterradora
Del mar inmensurable,
Siguiéndola veloz de polo á polo.
El pintó la belleza encantadora,
La gracia deleitable
De la danza gentil... Luego evocando
Las sombras de los reyes
En el oscuro panteon, lamenta
Sus altos desafueros, y el olvido
De las antiguas venerandas leyes.
¡Saludable leccion, terrible ejemplo,
Que en el augusto templo
El poeta fatidico presenta!
Suena después en eco dolorido
Tu lúgubre cancion ¡oh gran Padilla!
Salud, ilustres mártires! Castilla
Vuestro arrojo admiró muda y opresa;
Mas ora al son de roncós atambores
Os tributa en la huesa
Con penetrante voz justos loores.

¡Célebre Gutemberg! El vate hispano
Da nuevo lustre á tu glorioso nombre;
Y al ensalzar tu prodigioso invento,
Muestra cómo su influjo sobrehumano
Ahuyentó al tenebroso fanatismo,
Dió vida y libertad al pensamiento
Y el sòlio hizo temblar del despotismo.
¡Gloria á tí, vate ilustre, á quien el cielo
Destinó tantos dones!
Tú cual antorcha en el hispano suelo
Brillas con luz espléndida, enseñando
En sublimes lecciones
A la estudiantosa juventud. Profundo
Historiador, y crítico eminente,
Modelo de amistad, ¡qué dulces horas,
Tu saber admirando,
Cerca de tí gocé! También un día
Me lamenté contigo amargamente
Cuando el bando opresor nos perseguía,
Cuando el pueblo español con honda pena
Arrastraba la bárbara cadena.
Hoy gozas en reposo
De tus virtudes y afanosa vida
El justo galardón: hoy se adelanta
De la posteridad el fallo honroso
Que te da la corona merecida.

¡Honor al siglo de cultura tanta!

EUCENIO DE TAPIA.

Madrid 28 de setiembre de 1854.

ERRATAS

DE LA PÁGINA 288 DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

Línea.	Donde dice	Léase.
45	altiva	viva.
45	mango	musgò.
47	venusto	velusto.
55	gustoso	garboso.
	SEGUNDA COLUMNA.	
45	unieron	unieran.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.